

María del Mar Bonet

NO HE CONSEGUIDO DOMINAR MI VOZ

Texto: Rosa Montero / Fotos: Pablo Neustadt

María del Mar Bonet ha partido hoy su eterna melena negra en dos coletas infantiles, y unas gomitas recogen descuidadamente el pelo a la altura de la oreja. La cara sin pinturas, las ropas flotantes y orientales, el cuerpo grande, rotundo y con cierta tendencia oculta al ensanchamiento.

«¿Las entrevistas? Es tremendo, cuando las lees después siempre te cogen de sorpresa, ya no son tus palabras, siempre están teñidas por el pensamiento de la otra persona. Entonces te da un poco de vergüenza, no se, como si no lo hubieras dicho. Es una sensación como de taladrar intimidades, es encontrarte que no eres tú y que lo que tú dices sobre otras cosas es como raro, como si no lo hubieras dicho tú, como si lo hubieran manipulado. Mi temor en torno a las entrevistas es eso. No es timidez absoluta, porque soy tímida, pero no exageradamente, es temor de no saber qué pasará con lo que has dicho, porque una entrevista es una pieza que pasa por tantos hornos, por tantas cosas, que ya llega un momento en que pierdes el contacto con ello. Y piensas, bueno, a lo mejor sale una cosa preciosa, o a lo mejor sale un aborto tremendo. Yo le tengo mucho respeto a los periodistas, mi padre lo era, y a la letra escrita, pero llega un momento en el que dices, bueno, ¿y si no diera más entrevistas? Porque llega un momento en el que ya lo has dicho todo y ya lo han manipulado todo, y, en definitiva, piensas que lo importante es tu música, tus canciones, tus actuaciones. De modo que, al final, piensas, ¿para qué? Porque no todas las entrevistas me interesan, y casi todas me dejan un regusto así como amargo al leerlas, porque dices, ¿esa soy yo? Pero, ¿qué cosa soy? No porque te pongan mal, sino por lo rara y lo diferente que te descubres, porque no te reconoces.»

Es, evidentemente, tímida, pero también es amable, y su grato deseo de facilitar las cosas hace que se convierta casi en parlanchina, y, así, habla mucho, fluida, mimosamente, poniendo pespuntos poéticos a sus palabras, mientras te mira fijamente con expresión escolar de niña ruborosa y aplicada. Y tiene algo de caracolito al sol al que el roce casual de cualquier dedo puede hacer retroceder y encerrar en su concha: es la suya una tranquilidad en precario equilibrio.

«¿Que si esto de las entrevistas es una imposición por parte de las casas de discos? No, no.

La verdad es que a mí nadie me ha impuesto nada. Lo que pasa es que piensas que de alguna manera es una forma de ayudar a tu trabajo y a tu casa discográfica. Bueno, para mí esto de la prensa no es un grave problema, pero sí es una alteración en el orden normal de la vida, sí.»

Pregunta. ¿Y es usted muy ordenada?

Respuesta. No, no. Tengo un orden desordenado, intento que haya un equilibrio entre el orden y el desorden.

P. Pero sí es una persona que trata de rescatar siempre tiempo para sí misma.

R. Eso sí, para mí es esencial, si no no podría trabajar. Necesito tiempo para leer, para escuchar música sin estar atosigada por horarios fijos.

María del Mar Bonet nació en Mallorca, y su condición de isleña ha marcado profundamente sus 31 años de vida. Hacia cerámica cuando, una década atrás, comenzó en la música. Formó parte de los *Dieciséis Jueces*, aquel grupo intelectual catalán de mediados de los sesenta y pertenece a la *nova canço*, aunque siempre mantuvo dentro de ella características especiales. Sus canciones, salvo escasas excepciones, no han sido nunca directamente políticas, y su actitud frente a la música siempre ha sido rigurosa. Su trabajo es, para mí, el más profundo y serio que se ha realizado y realiza dentro de los componentes de la *canço*: María del Mar investiga en la tradición popular, ensaya, corrige, aprende, se renueva. Tiene una voz bellísima y la trabaja mucho. Y cuando canta desde un escenario, melancólica y ajena, la precisión de su esfuerzo la convierte en una mujer muy hermosa, inasible y enigmática. Ahora, sin embargo, en la claridad soleada de esta media tarde, María del Mar Bonet tiene más de niña previsible que de adulta. Y su graciosa casa, chiquita y abarrotada, es como una casa de muñecas. Plantas, detallitos, un agujero en el techo por el que se ve la luna por las noches, un pequeño patio muy verde, umbrío y frondoso, con un banquito de madera que le imprime carácter de recreo de colegio. En la pared tiene un cuadro dedicado de Miró, y media habitación está tomada por estuches musicales:

P. Dice que una entrevista «es una pieza que pasa por tantos hornos». Ahí sale la antigua ceramista. ¿Hasta qué punto le pesa su antigua profesión?

R. Me pesa cada vez más, lo que pasa es que no trabajo nada en eso, me he dedicado estos últimos años mucho a las canciones, y la cerámica la llevo como en mi inconsciente, siempre latente, pero sin decidirse a salir por falta de tiempo. Porque no me gustan los *hobbies*, me horroriza esta palabra, me gusta dedicarme plenamente a las cosas, y la cerámica, como todos los trabajos creativos, es algo esplendoroso si le dedicas tiempo. Pero si lo haces de vez en cuando no alcanzas los resultados que tú misma y que tu trabajo se merecen.

P. Lo cierto es que la vida es algo muy casual. Usted hacia cerámica y, casualmente, comenzó a cantar, creo que inducida por su hermano...

R. Sí... A mí, la verdad, es que tanto me llena una cosa como la otra. Lo que me gustaría es no cantar tanto y poder trabajar en la cerámica igual, y pintar, que también me gusta mucho. Creo que algún día lo lograré, pero por ahora estoy dedicada plenamente a la música. Ojalá pudiera llegar un día en el que yo lograra dar todo lo que puedo dar de sí y trabajar todo al tiempo, esa es una meta para mí.

R. ¿Y qué es lo que le impide llegar a ello?

R. Mis limitaciones personales. Yo creo que podemos hacer muchas cosas, pero, de repente, nos dedicamos más a una que a otra.

P. Y luego está la dispersión, la pérdida de tiempo.

R. Eso también... Yo paso temporadas. En unas estoy más dispersa que en otras. Sobre todo, me causa mucha dispersión el tener que actuar mucho en diversos lugares, porque entonces pierdes un orden interior que tienes en tu habitación y has de desplazarte constantemente. Yo no puedo trabajar bien si no he estado unos días en mi casa, con tranquilidad y sin hacer prácticamente nada. Y si no consigo esto, entonces llega la dispersión, y eso es una enfermedad, una alteración tan grande que no te deja hacer nada.

P. ¿Se considera usted voluntariosa?

R. Depende..., ¿a qué te refieres exactamente?

P. A si quiere alcanzar una cosa, y la trabaja mucho, y tiene cierta confianza en alcanzarla.

R. Bueno... Pues no. No, no. Creo que cada vez soy más consciente de mis limitaciones, y lo que me gusta más es aprender, y cada vez sé que es más difícil lograr cantar como yo quiero cantar. Yo hago todo lo posible por alcanzar eso, pero me es muy difícil.

P. Hace unos meses dijo en una entrevista: «Vi-



Entrevista de Rosa Montero a Maria del Mar Bonet publicada en el Dominical de El País el 2 de juliol de 1978



vo en un período muy confuso, no sólo conmigo misma, sino con lo que me rodea.» ¿Quiere decir esto que está en un momento de duda, de reestructuración?

R. No sé... Es verdad que vivo cierto desencanto general del país, y luego cierta pelea conmigo misma, con las cosas que hago y con las cosas que quiero aprender y a donde puedo llegar con mis limitaciones.

P. Dice cierto desencanto con el país. Pero para estar desencantado hace falta haber estado antes encantado. ¿Ha estado usted encantada por algo, entonces?

R. Ja, ja. Sí, por unas ideas, lo cual quiere decir también que soy muy débil en este sentido. Me dejé arrastrar un poco por la animación que se preveía hace unos meses... No sé, después de salir de una época de deshumanización, de un ambiente general reprimido y lleno de temor a decir cosas, pensé que pasaríamos a un ambiente general más humano, más libre, con gente que tuviera menos ganas de discutir y más ganas de hacer cosas interesantes.

P. Y eso es lo que se le ha caído.

R. Eso es lo que se me ha caído un poco. No quiero decir del todo, porque siempre puedes seguir aportando las ganas que tienes de que las cosas sean mejor. Pero te das cuenta de que han cambiado pocas cosas, y que todo es muy lento, y que las ganas de discutir y de joder al prójimo continúan existiendo, las ganas de hacer daño y de no ver las cosas con espíritu más amplio y más liberal, en vez de dejarse ir y respirar, llenando los pulmones de aire limpio.

P. Usted ha formado parte de la *nova canço*, pero de una manera peculiar. Su canciones, en general, no han sido directamente políticas.

R. Yo creo que mi manera de participar en esta lucha, si tu quiere política, era y es hacer las cosas bien. O sea, intento trabajar, por ejemplo, con mi idioma, porque lo encuentro en mi misma incluso muy limitado. Como todo el mundo, en la escuela tuve que estudiar en castellano, y en mallorquín en la casa, y no pude estudiarlo bien, de modo que me ha quedado como una voluntad de perfeccionar este idioma. Y este perfeccionamiento todavía no lo he logrado, ni muchísimo menos; estoy como en los umbrales de las cosas y creo que todavía me queda mucho camino por recorrer. A mi manera de ver, mi aportación política es tratar de hacer lo que hago lo mejor posible. Esta es mi única arma y no la pienso dejar.

P. La *nova canço* ha sido, digamos, *utilizada*, sin que ésta sea una palabra necesariamente negativa, por diversos grupos políticos. Usted no pertenece a ninguno, ¿qué opina de esta utilización?

R. No me preocupa la imagen política que yo dé mientras esté tranquila conmigo misma. No me interesa nada que la gente me etiquete dentro de tal o cual partido, sino de cierta tendencia a distintos partidos. No me veo capaz de ponerme ningún carnet y meterme de lleno en ningún partido, como tampoco me he visto capaz de montarme a mí misma un tinglado matrimonial, ni soy capaz de saber cuándo tengo que renovar ningún carnet. Todo eso es lo que me importa menos de esta vida, e intento liberarme de números, registros y etiquetas. No me interesa nada todo eso, pero sí me interesa la crítica en todos los sentidos, la crítica constructiva.

P. Dice que su forma de participación es hacer las cosas bien. En su música se advierte, es cierto, un cuidado trabajo detrás. ¿No cree, sin embargo, que la mayoría de los cantantes, llamémosles políticos, descuidan precisamente este trabajo, y que utilizan de una forma un tanto chapucera la música como simple vehículo?

R. Bueno... Es que me es difícil hablar en general, claro, y además me duele en el alma criticar a los demás, porque soy muy corrosiva y sé que no tengo piedad con nadie, ni conmigo misma, al hacer una crítica. Pienso que hay que hacer las cosas muy bien, le doy siempre siete vueltas a las cosas hasta que salen, y pienso que con los demás soy un poco lo mismo. Pero tampoco quiero imponer una visión mía a los

demás... A lo mejor, yo no sé nada; soy muy insegura y no me gusta imponer a los demás mis opiniones, quizá hoy piense blanco y mañana negro. No suelo hacerlo, pero quizá lo haga...

P. Usted sólo tiene una canción directamente política, ¿*Qué quiere esta gente?*, dedicada a la muerte de Ruano, y que cuenta la llegada de la policía a altas horas de la madrugada a una casa a detener a alguien. Es una canción que le han prohibido durante años.

R. Sí... Yo, la verdad, es que no creía que esta canción fuera a tener tanto éxito. Fue una canción recogida de una noticia en un periódico, era superrealista, y la gente la acogió fuertemente porque era como gritar una cosa en unos años en los que no se podía decir nada. Y aquello era un grito más que una canción. Pero a mí, sacar provecho de los gritos me parece inmundito, y eso fue lo que me impidió seguir haciendo canciones de este tipo, me hubiera parecido poco honesto por mi parte. Aquella salió así, directamente, pero... Además, creo que aquella salió bien porque, de alguna forma, reunió varios elementos, música, letra, tradición popular, que la convirtieron en una canción redonda. Y esto es muy difícil de conseguir. Como no seas un genio extraordinario, claro.

P. ¿Cree usted en el genio?

R. Creo que hay gente que ha sabido, al menos, dar una dimensión a su arte, que encuentras siempre una chispa de genialidad en todas sus obras.

P. Y los demás, ¿qué son? ¿Qué es usted, una obrera del arte?

R. Genios hay pocos, desde luego... Y yo, no sé, soy una persona ansiosa de hacer las cosas muy bien y de sentirme muy bien haciéndolas, que es cuando puedes dar algo bueno a la gente. Me interesa, sobre todo, implicar a los otros en lo que hago, porque mi trabajo, en realidad, es el resultante de mis experiencias con la gente, de mi pequeña vida en torno a la comunidad y a los demás, y son los otros los que me hacen escribir, cantar y vivir. Y entonces procuro sudarlo y devolverlo de nuevo a la comunidad lo mejor posible, sin tergiversarlo ni malearlo.

P. Ha dicho antes que está en contra del matrimonio. En otras entrevistas ha dicho usted que tampoco cree en la pareja.

R. Sí... Yo creo que es cierto, desesperadamente

“Tendría miedo a la muerte si me cogiera desprevenida. No por la muerte en sí, sino por no haber terminado una serie de cosas que quiero empezar, empezar, vivir y terminar”

cierto, tristemente cierto el hecho de que la pareja destruye a las personas. Aunque es hermosísimo empezar la relación, es hermoso enamorarse y vivir plenamente ese amor, sobre todo en sus principios, es una cosa tan pura y tan... Aunque yo creo que es muy peligroso; son pocos los que se salvan del canibalismo. Es hermoso mientras el fuego dura, pero cuando se apaga... Hay gente que intenta que la relación dure, y entonces se hace sangrante. Ves por ahí personas sin brazos y sin piernas, y sin ojos, y sin nada, ves por ahí mucha gente que está muy comida por los tiburones. Pero eso es algo tan

María del Mar Bonet



hablado, tan dicho, tan conocido... Qué le vamos a hacer... Puede que un día se encuentre la manera de relacionarse sin herirse tanto, pero de momento es muy difícil.

P. La otra opción es la soledad. Porque otras soluciones, como las comunas, también se van cayendo.

R. Ja, ja. La comuna es el exceso de parejas, para mí. Si uno huye de... bueno, huir no, porque yo creo que no he huído nunca de ninguna opción, salvo de aquella en la que es tan evidente que va a ir mal, que entonces huyes rápidamente antes de empezarla. Pero prefiero quemarme un poco y ser comida.

P. Y apostar fuerte en la vida.

R. Sí, sí, he apostado muchas veces y no me canso de hacerlo. Y me parece que en ese sentido no me puedo salvar de la *cremá*. Pero eso de quemarte las alas a propósito, no.

P. Porque uno va aprendiendo.

R. Sí, sí. Y luego, pues están los amigos... La soledad es terrible, a veces, y a veces está muy bien. Yo creo que el género humano es hermoso porque nos podemos querer mucho con la gente, no solamente con una persona que sea tu pareja, sino con muchas. Y sentirse querido y estimado por tus amigos es, para mí, tal vez, a la larga, lo más importante en esta vida.

P. Porque, a la corta, falta esa otra magia.

R. Sí, porque, a la corta, revientas con la cotidianidad y las rutinas diarias, y el poder, y el querer manejar a otra persona, y esas cosas terribles con las que estropeas todo. Pero, en cambio, con los amigos, si tú los quieres apasionadamente, puedes llegar a esa cosa hermosa que es el respeto total que a veces alcanzas con los amigos y que no tienes con las parejas.

P. ¿Y por qué pasará eso...?

R. Y por qué pasará eso, sí... Porque somos muy complejos, porque nos obsesionamos en vivir frente a frente, cuando tendríamos que obsesionarnos en vivir tocándonos más, sin estar tan exigentes con la persona con la que vives,

sino dejándola fluir y ayudándola a respirar. Y como tenemos poco tiempo para ayudarnos a nosotros mismos, entonces llega el *crack*. Dura poco el encanto, dura poco. No quiero tampoco hacer ninguna lección sobre lo que debe ser, porque no lo sé. Me bato como todo el mundo en esta batalla diaria de querer tocar y hablar con los demás y hasta aquí me llega el aliento...

P. En realidad, la pareja lo único que hace es reproducir una batalla de sexos y poderes establecida en la sociedad.

R. Yo creo que la batalla que la mujer debe entablar y ganar ahora es la de poseer todos los derechos y deberes que posee el hombre. Luego, la batalla humana y más íntima de los dos sexos opuestos es una cosa que creo que está impuesta por esa sociedad muy, muy enferma, que vivimos, esa sociedad de consumo que provoca falta de humanidad en la gente. Es como querer definir el cielo y la tierra, no sabría hacerlo. Han puesto demasiadas porquerías en el agua y en el aire como para poder definirlos con su pureza auténtica. Yo creo que el enfrentamiento de sexo no debería existir; más que amigos y amantes deberíamos ser hermanos de raza.

P. Su música, de todas formas, tiene siempre evocaciones melancólicas. Incluso su propia imagen, normalmente vestida de oscuro.

R. No sé si soy melancólica, paso días que... Pero yo creo que es un poco más el ambiente en que vivo o el que me rodeó en mi infancia, los paisajes. Yo creo mucho en la melancolía, me gusta mucho, me parece una cosa muy bonita. Y la melancolía trae tras de sí una serie de cosas hermosas en sí, la duda, la reflexión. Pero, de todas formas, a veces estoy muy contenta, demasiado contenta a veces.

P. Y es una melancolía la suya, de alguna forma, que evoca el tiempo pasado, fugaz, perdido.

R. Puede ser, pero no quiero ser tampoco una persona que viva siempre del pasado, tengo muchas ganas de vivir el presente intensamente, aunque no te dejen mucho, y de vivir el futuro si es que viene, y no intento sólo anclarme en el pasado.

P. Pero el tiempo parece ser una obsesión para usted.

R. Sí, sí, lo es. Pero es que el tiempo está ahí, y tienes que ver que el minuto que vives va perdiéndose en cada momento. Y el tiempo es el que te obliga a cambiar y a hacer cosas nuevas, y el tiempo es el que te mata otras cosas; o sea, el tiempo es el que dirige los pasos de tu vida, y vas de la mano de él hasta que te lleva a un umbral que pasar.

P. ¿Y tiene miedo a ese umbral?

R. No. Bueno, tendría miedo a la muerte si me cogiera desprevenida.

P. Sin *confesar* vitalmente.

R. Sí, sin haber hecho aún muchas de las cosas que quiero hacer y que creo que debo hacer. Esto me sabría mal, pero no por la muerte en sí, sino por no haber terminado una serie de cosas que quiero empezar, vivir y terminar.

P. ¿Y qué cosas son esas?

R. Bueno, no son materiales, son cosas a nivel humano y personal, muy íntimas e intrasferibles, como una necesidad de perfeccionarse, de pulirse, ir a este umbral con cierta pureza.

P. Sus palabras, en general, tienen cierto toque místico, religioso.

R. Es probable, pero realmente no me siento nada ligada a ninguna religión determinada, sino a una religión personal. Creo que, como todo ser humano, tengo cierta dosis de misticismo respecto a las cosas que me rodean y al mundo en que vivo. Pero es un misticismo muy

terreno, muy humano, limitado a mi paisaje, no más allá. Es un concepto religioso muy ateo y muy terráqueo.

P. ¿Qué tal se lleva usted consigo misma?

R. A veces, bien, y a veces mal: a temporadas. Supongo que cuando me llevo bien con los demás, todo va bien, pero cuando las cosas fallan con los demás, pues, claro, enfrentarse con el espejo da un poco de susto.

P. Parece tener cierta tendencia como a culpabilizarse.

R. Bueno es que en las relaciones con los demás, a veces, eres tú quien tienes la culpa del fallo...

P. No sólo en las relaciones con los demás; es una culpabilización también respecto a su propio trabajo.

R. Sí, porque yo creo que en algunas cosas tengo yo la culpa de no haber trabajado más, de no haberme fijado más, de no haber discutido más la cuestión. O, simplemente, de haberme cerrado y ser tozuda, porque soy muy tozuda.

P. Y hay también una especie de insatisfacción.

R. Sí, sí. Es que creo que con la voz no he hecho lo que he querido. Es un problema que tengo desde hace mucho tiempo, quiero llegar a una determinada tesitura y estar tranquila cantando

“No me veo capaz de ponerme ningún carnet y meterme de lleno en ningún partido, como tampoco me he visto capaz de montarme a mí misma un tinglado matrimonial”

ahí, y todavía no he llegado al punto de perfeccionamiento con la voz que quiero llegar. Mi problema es dominar mi voz, doblegarla, y no lo he conseguido.

Es de una fidelidad a sí misma tal que produce algo de miedo: fidelidad, también, a esos cabellos largos siempre lacios, a esas ropas flotantes y, generalmente, oscuras, a esa imagen externa que se niega a cambiar. Como si fuera una especie de hada Campanilla que se resiste a crecer. Su vitalidad se centra en la música, en un trabajo en el que se zambulle entera, que es el vértice de su evolución. Es inteligente, distinta, afectiva en lo subterráneo y voluntariamente tierna. Posee una notable capacidad poética cotidiana que ella misma desarrolla. La deben de haber visto como musa muchas veces, y esta imagen, halagadora, pero pasiva y objetual, quizá haya pasado inconscientemente a formar parte de su propio personaje. Tiene algo la Bonet de musa insegura, tenue y frágil, pero por debajo se palpa un carácter fuerte y decidido, un tenaz perfeccionismo. Puede que su voz queda ahogue gritos que ni ella misma sabe. Puede que un día, sentada en la penumbra del banquito de madera, María del Mar Bonet decida quitarse las coletas.

P. Dice que, a veces, se lleva bien consigo misma y, a veces, mal. Ahora, ¿en qué estado están las relaciones con usted misma?

R. Bueno... *estic passant la maroma*, sabes, estoy atravesando la maroma, mi cable personal.

P. ¿Y se mueve mucho?

R. No, no mucho, pero de todas las maneras lo estoy pasando. Es un momento, ya te dije, en el que la cosa está así, un poco... tienes esa amargura en la garganta de pensar que hay cosas sencillas que están ahí, atascadas, y que las cosas tienen una rutina destructiva encima. Y yo estoy intentando sobrellevarlo, simplemente, lo mejor que puedo. ■